

logo con ella y proyectar el pluralismo del presente en una lectura plural del pasado. Si el mundo histórico no es único, unívoco y armonioso (ni siquiera es completamente racional), tampoco puede serlo la historia que intenta descifrarlo. Ésta es una de las inquietudes fundamentales de Berlin y su polémica constante contra los determinismos. Sirve para entender, una vez más, su interés por la historia con nombres y apellidos, por los personajes y sus conjeturales biografías, más que por procesos y cuantificaciones abstractos.

El libro sirve, por último, para retratar al judío Berlin, hombre escéptico y pluralista que, no obstante, cree que la condición judía es irreductible, como si no integrase la pluralidad humana, y como si sus fundamentos fueran, al fin, los únicos realmente fundamentales. En suma: todos creemos en lo que creemos verdadero, sin saber si lo es, como si lo fuera. Aquello, contra la doctrina de Berlin, confirma la teoría de Berlin.

Hegel y el romanticismo. Daniel Innerarity. Tecnos, Madrid, 1993, 212 páginas

La relación de Hegel con los románticos es, aparentemente, muy conflictiva, acaso porque entre ambos mundos intelectuales existían coincidencias inopinadas. A uno y a los otros les interesaba el absoluto, es decir, cómo se puede abordar tamaña cosa con el instrumento de la razón o su hermanito menor, el entendimiento. También se interesaban por el infinito, que es la medida inaprensible de un tiempo que pasa y no deja de pasar, cuyos instantes están contados pero cuya extensión es incontable.

Innerarity enfrenta al Hegel del sistema del espíritu con los románticos a partir de que para aquél, el absoluto se realiza en la historia, en tanto para los otros, el absoluto es una invocación necesaria e imposible de colmar, de la que tenemos una intuición momentánea y orgiástica en el contacto con lo bello, materializado y formalizado en la obra de arte. El mundo hegeliano es compacto y el mundo romántico, desgarrado, agujereado, deshilachado. Hegel es serio y los románticos son irónicos, es decir que Hegel llega a la coincidencia del ser consigo mismo, en tanto para la ironía, todo parecido es extraño y siniestro.

Para desplegar sus observaciones, Innerarity aborda distintos tópicos: el mencionado sistema del espíritu, el amor, la revolución y la libertad, que son variantes del mismo conflicto raigal: la universalidad del sujeto en el sistema del espíritu y la peculiaridad histórica en el variopinto mundo estetizante de los románticos. Innerarity conoce excelentemente a Hegel y escribe mejor que él. Ha frecuentado el caleidoscopio romántico, hecho de pequeñas piezas, y es capaz de ordenarlo sin dejar de moverlo. Vaya dicho con esto que el suyo es un trabajo monográfico de primera calidad, que todo lector en la materia ha de agradecer. Esperamos una segunda parte del ensayo: la que aproxime a Hegel y los románticos en el espacio del infinito devenir, de la dialéctica negativa. El absoluto es un modo de lo relativo, el infinito es un modo de lo finito. Y en el desgarrar, el vaivén dialéctico.

Fortunata y Jacinta. Benito Pérez Galdós. Edición de Marisa y Adolfo Sotelo Vázquez, Planeta, Barcelona, 1993, 1.046 páginas

La obra mayor del novelista Galdós tiene sobrados lectores. Existe una vulgata galdosiana y hasta un Galdós pasado por el cine y la televisión. Sin embargo, un lector atento y minucioso de nuestros días exige una edición como la presente, hecha por especialistas no sólo en la narrativa de don Benito, sino en la época que la arroja, en un aparato de notas que nos aclare la densa información puntual contemporánea a la acción, sin excluir coloquialismos y chismes. Sin tales auxilios, buena parte de lo dicho por Galdós se torna opaco y pierde relieve.

Aparte del establecimiento y anotación textuales, quien quiera enterarse de la génesis de la obra, su recepción crítica y cómo Galdós enfrenta y resuelve sus propios postulados doctrinarios acerca de la novela en *Fortunata y Jacinta*, puede abordar el estudio preliminar y, en su caso, recorrer la generosa bibliografía allí reseñada. El goce de la lectura se verá multiplicado. Se advertirá, entonces, que el naturalista Galdós, tan apegado a la observación de lo menudo y lo inmediato, era un constructor de alegorías, un enamorado de la catedral y su lección de piedra. Su elección, su *lectio*, su lectura.

La gran bonanza de las Antillas. Italo Calvino. Traducción de Aurora Bernárdez, Tusquets, Barcelona, 1993, 321 páginas

Desde finales de su adolescencia (1943) hasta su muerte (1984), Italo Calvino fue redactando escenas, apólogos y narraciones instantáneas, algunas motivadas por estímulos tan peregrinos como la publicidad de la IBM o de una fábrica japonesa de whisky. El mismo Calvino consideraba a estas prosas como algo ajeno a su narrativa (quizá conviniera escribir esta palabra con mayúscula). Eran esbozos o, por el contrario, reducciones de relatos o novelas, que hoy podemos leer con una curiosidad documental o como el resultado de una tarea guiada, según ocurre a menudo con Calvino, por un amor peculiar a la corta distancia, al impromptu y la miniatura.

Aunque, en principio, se trata de una miscelánea casual, una lógica subterránea la sostiene: Calvino veía el mundo como una representación barroca, tragicómica, en la que los intermedios jocosos consolaban de la densa melancolía y la locura del cosmos. Estas visiones fugitivas que ahora nos propone Tusquets refuerzan aquella cosmovisión, a su vez, marcada por la fugacidad y la perpleja constatación de los absurdos que pueblan nuestra distraída cotidianeidad. La amargura de ciertos sabores, convertida en sonrisa irónica, da como resultado una expresión dulce, la del artista que nos mira y se mira en nosotros, todos igualmente pasajeros y memorables.

Estudios sobre Antonio Machado. Editados por Theodor Berchem y Hugo Laitenberger. Aschendorff Verlag, Münster, 1992, 135 páginas

Con motivo del cincuentenario machadiano (1989), la universidad de Würzburg organizó unas jornadas de estudios, a la que contribuyeron otras instituciones similares de Caen, Salamanca y Padua. Los textos allí elaborados integran el contenido de este volumen, en que advertimos una temática muy variada, que incluye aspectos biográficos, relaciones filosóficas, análisis de piezas puntuales o de libros en particular, así como explicaciones sobre tópicos de la obra de Antonio Machado.

Colaboran en el libro Jean Canavaggio, Giovanni Caravaggi, Gaetano Chiappini, Bernard Darbord, María Dolores Gómez Molleda, Jacques Issorel, Hugo Laitenberg,

Margherita Morreale, Hans-Jörg Neuschäfer, Juan Paredes Núñez, Ángel San Miguel, Ricardo Senabre y Bernard Sesé.

Die Bevölkerung Kastiliens und ihre räumliche Verteilung im 16. Jahrhundert. Aschendorff Verlag, Münster, 1992, 559 páginas

La expansión económica española y la consolidación de la monarquía absoluta durante el siglo XVI condicionaron grandes cambios demográficos en la Castilla de su tiempo. No sólo se alteró la cantidad de la población, sino que varió su distribución espacial, lo cual obligó a rehacer mapas, reestructurar los mecanismos de control y desarrollar estadísticas, que son la base del presente estudio.

Para adentrarse en el tema, el autor examina las fuentes pero también efectúa su crítica a la luz de las modernas técnicas de clasificación y recuento de población, de modo que los datos de antaño sean legibles para el historiador moderno. Asimismo se nos ofrece un nutrido repertorio de literatura directa y derivada que se vincula con el tema. El estudio se inscribe, pues, en las corrientes de renovación historiográfica sobre España que datan de la obra de autores como Carande, Maravall y Vicens Vives, así como de la escuela de *Annales* y su repercusión en la península, notoriamente en cuanto al estudio de los conjuntos sociales.

Der spanische Humanist Benito Arias Montano (1527-1598) und die Kunst. Sylvaine Hänsel. Aschendorff Verlag, Münster, 1991, 220 páginas

La obra de Arias Montano como lingüista comparado y erudito en materias bíblicas es más conocida que su tarea como estudioso de las artes visuales. El humanista vivió en Holanda durante uno de los períodos más brillantes de la pintura europea, para luego continuar sus pesquisas en la materia a través de los fondos existentes en las bibliotecas romanas y en la entonces flamante del Escorial. En Sevilla y en su casa de Peña de Aracena tuvo oportunidad de continuar su vida de *amateur d'art* de modo privado.

Los contemporáneos apenas dicen nada sobre este aspecto de la obra montañana. Por ello cobra especialísimo relieve la investigación de la profesora Hänsel, que sitúa a don Benito en el mundo de la emblemática, la alegórica y el monumentalismo renacentistas. Un generoso apéndice de ilustraciones nos permiten «ver con nuestros propios ojos» (nunca mejor dicho) las imágenes que interesaron al humanista español.

La música en las catedrales españolas del Siglo de Oro. Robert Stevenson. Traducción de María Cebrián y Amalia Correa. Revisión técnica de Ismael Fernández de la Cuesta. Alianza, Madrid, 1993, 600 páginas

La música instrumental renacentista de España y la América entonces española ha permanecido en la penumbra de los archivos, sin interesar demasiado a los intérpretes ni a los investigadores. El profesor Stevenson dio a conocer, en inglés y en 1961, el robusto estudio que ahora se traduce al español y que, con tal motivo, ha sido fuertemente actualizado por su autor.

El texto se organiza en tres grandes secciones, dedicadas a Cristóbal de Morales, Francisco Guerrero y Tomás Luis de Victoria, sin descuidar algunos nombres menores. En todos los casos, a una evaluación de la obra global de cada autor, sigue una descripción de su trabajo organístico y, en apartados descriptivos, análisis de partituras puntuales.

Guía imprescindible para el recorrido por el órgano español del siglo áureo, el libro, aparte de su cuño clásico en la materia, se convierte en referencia de autoridad y en archivo de repertorio documental para ir al encuentro del Renacimiento sonoro español, uno de los grandes momentos (y no abundan) en la historia de la música hispánica.

La brevedad de la inocencia. Pancho Vives. Universal, Miami, 1993, 199 páginas

Español criado en Cuba y recobrado por España, donde murió en noviembre de 1993, Vives ha publicado un poemario (*Un caduco calendario*) y narrativa (entre la cual, las novelas *El momento del ave* y *Ruyam*). Vuelve ahora a la novela con una punzante evocación de me-

dios burgueses, un tanto esnobs y escorados a una modesta *café society*, entre la Cuba precastrista y la España franquista del incipiente desarrollismo.

Varios aciertos suma el narrador: observación rápida que da cuenta de un carácter en un retrato; vocabulario sabroso, mechado de coloquialismos y cubanismos; ironía elegante; apuntes psicológicos que permiten acceder a la trastienda de los personajes. El hecho de que buena parte de la fábula pase en cierto mundillo teatral hace imaginar el gran teatro del mundo, pero en pequeño: un teatro de cámara o de bolsillo, donde las pasiones se sofocan y las maldades se extravían en la tramoya.

Pero el gran tema de *La brevedad de la inocencia* (una fórmula que Vives toma expresamente prestada de Reinoldo Arenas) es, precisamente, lo breve que es esa estación de la vida en que coincidimos con nosotros mismos y que se convierte en una edad de oro perdida para siempre. Luego vendrá la comedia humana, en que tanto da quiénes o qué seamos, porque el reconocimiento de los otros estará dirigido a nuestra máscara y no a nuestro rostro, que acabará borrándose por desuso y será arrojado a cualquier vaciadero.

El volumen se completa con algunos relatos: «La descalzadora», «Don Lauro», «Planificación» y «La lucha del gallo con la tortuga». En ellos encontraremos ecos de la novela precedente, perdidos y recuperados en el enigmático escenario al que llamamos, para entendernos, la vida.

Elogio de la teoría. Discursos y artículos. Hans Georg Gadamer. Traducción de Anna Poca, Península, Barcelona, 1993, 157 páginas

Una indeliberada coherencia vincula a estas piezas sueltas de Gadamer, escritas entre 1966 y 1980. Insiste en el carácter teórico de la cultura occidental, en el sentido múltiple que la palabra teoría ha desarrollado desde los griegos: ver lo que está presente, ordenar, ponerse fines, autocriticarse, buscar una legitimación al saber. Occidente es la cultura del discurso que da cuenta de sí mismo. La razón que comprende sus límites, la alteridad irreductible que se concilia, el sentido que se produce y se modifica sin pretender valor universal permanente, la ciencia como saber de lo inmutable, son algunos incisos de aquella conducta intelectual.